


Bienvenidos a América

LINDA BOSTRÖM KNAUSGÅRD

Traducción de Carmen Montes

gatopardo ediciones 

Título original: *Välkommen Till Amerika*

Copyright © Linda Boström Knausgård, 2016

Published by agreement with Copenhagen Literary Agency ApS,
Copenhagen

© de la traducción: Carmen Montes Cano, 2020

© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2021

Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: febrero de 2021

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: *Veronica on a towel b&w*

© Dana Menussi

Imagen de la solapa: *Linda Boström Knausgård* (2019)

© Jasmin Storch

ISBN: 978-84-121414-8-1

Depósito legal: B-2017-2021

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Hace ya tiempo que dejé de hablar. Todos se han acostumbrado. Mi madre, mi hermano... Mi padre está muerto, así que no sé qué diría. Quizá que es la herencia. En mi familia esa herencia causa estragos. Implacable. Con los descendientes directos. Tal vez yo llevaba dentro el silencio desde siempre. Antes decía cosas que no eran verdad. Decía que el sol brillaba cuando estaba lloviendo; que las gachas de avena eran de color verde igual que un campo de césped y que sabían a tierra. Decía que el colegio era como adentrarse a diario en la negrura absoluta; como mantenerse agarrado a una barandilla hasta que acabara el día. ¿Qué hacía yo después del colegio? No jugaba con mi hermano, porque él se encerraba en su cuarto con la música. Claveteaba la puerta todo alrededor. Orinaba en botellas que tenía preparadas. Justo para ese fin.

El silencio no marca ninguna diferencia. No creáis que es así. No creáis que el sol sale por la mañana, porque son cosas de las que no podemos estar seguros. No utilizo el cuaderno que me dio mi madre. Por si tienes que comunicarte, me dijo. El cuaderno es una suerte de concesión. Ella aceptaba mi silencio. Y a mí me dejaban en paz. Seguro que se me pasaría. Quizá se me pasaría.

Deslicé la mano por el alféizar de la ventana, luego hice un dibujo en el polvo y se me acumuló en la mano. Dibujé un abeto y un enanito. Fue lo único que se me ocurrió. Las ideas me vienen muy despacio y se manifiestan parcamente: pélets, rebanadas de pan, el polvo.

¿He dicho ya que vivíamos en un piso? No teníamos ninguna relación con la naturaleza, salvo el parque en el que vi a mi primer exhibicionista. Estaba sentada en lo alto de las barras y el hombre se plantó allí debajo y se descubrió entero. Se quitó los pantalones. Tenía el pito tieso y morado. Me fijé bien en el color.

Yo tenía amigos, pero ya no están. Han empezado a ir a jugar a otras casas desde que pasó lo del habla. Antes siempre había críos en nuestra casa. Mi madre era tremenda. Allí podíamos lanzar un disco de hockey contra la puerta de espejo de doble hoja. Habíamos construido una rampa de skate hasta lo alto de la estantería, y el piso era tan grande que podíamos dar vueltas y más vueltas con los patines. El parque se rayaba, pero había que dejar jugar a los niños. Ahora reina el silencio. Y eso supone una diferencia.

Dejé de hablar cuando el crecimiento que se estaba produciendo en mí empezó a ocupar demasiado espacio. Estaba segura de que no podría hablar y crecer al mismo tiempo. Quizá habría sido una de esas personas que dirigen a otras. Estuvo bien dejarlo. Demasiadas personas de las que estar pendiente. Demasiados sueños que cumplir. Pídemelo algo, les diría. Solo que yo jamás podría cumplir ningún deseo. No de verdad.

Habría podido hablar de mi madre. Pero guardaba silencio. No quería sus sonrisas rubias. Su pelo cuidado-

samente peinado. Su deseo de que me convirtiera en una niña bonita. Para ella la belleza era algo aparte. Una cualidad de peso que se cultivaba como las flores. Se plantaba la semilla, se regaba, se veía crecer. Habría podido llegar a ser como ella. Oscuramente como ella con la frescura como un derecho. Solo que me faltaba algo. Yo no era una fuerza de la naturaleza. Yo estaba contagiada de la duda. Estaba por todas partes. Se encontraba en la médula y desde ahí se propagaba. Yo sentía que la duda se empleaba conmigo. Había días, noches, había puestas de sol que se bañaban en dudas.

No escribía nada en el cuaderno, pero de todos modos siempre sabía dónde se encontraba. Lo iba cambiando de sitio, de encima del armario a debajo de la almohada, luego otra vez al armario. Alguna vez lo puse detrás del retrete, por si me entraba la necesidad de escribir justo allí.

Mi padre está muerto. ¿Lo he dicho ya? Es culpa mía. Le pedí a Dios en voz alta que se muriera y se murió. Una mañana apareció tieso en la cama. Tal era el poder que tenía mi palabra. ¿Y si no era verdad lo del crecimiento? ¿Y si resulta que dejé de hablar porque se había cumplido mi deseo? Uno cree que quiere que se cumpla lo que desea. Pero no es verdad. Uno nunca quiere ver cumplidos sus deseos. Es algo que altera el orden. El orden tal como uno quiere que sea en el fondo. Uno quiere que lo decepcionen. Quiere resultar herido y luchar por la supervivencia. Quiere que por su cumpleaños le hagan el regalo que no toca. Podría creerse que uno quiere que le regalen lo que tenía en mente, pero no es eso lo que uno quiere.

Los días y las noches se parecen entre sí. El silencio suaviza los contornos de forma que todo se reviste de una suerte de neblina. Podemos llamarlo media luz. Podemos llamarlo cualquier cosa.

Antes casi siempre acompañaba a mi madre al teatro. Ya no. La oigo irse y la oigo volver. La última vez que la vi actuar era una diosa de la libertad caída que saludaba a los migrantes y les daba la bienvenida a América. Estaba calva y tenía un fragmento de un espejo clavado en la frente. Se le había caído la antorcha. A mí aquello me encantó. Su aspecto. Su figura, que resplandecía sin cesar en el escenario. Bienvenidos a América. Bienvenidos a América.

Alguna vez quise escribir en el cuaderno precisamente esas palabras. Solo que me contenía. Se trata de ser rigurosa. De no seguir los impulsos que cruzan por nuestra cabeza sin orden ni concierto, como si recorrieran túneles minúsculos rodeados de luz. Yo podía ver los pensamientos. Estaban por todas partes. Bajaban y se metían en el cuerpo, daban una vuelta tras otra alrededor del corazón, jugaban con el músculo cardíaco, lo presionaban. Con los pensamientos no había nada que yo pudiera hacer.

Antes cantaba en el coro del colegio. La profesora de música se llamaba Hildegard. Era de Austria. Si yo pudiera cantar como tú, me escribió en un libro que me regaló como premio un fin de curso. La verdad es que ella cantaba fatal. Con voz chillona y estridente. Eso sí, se sabía todos los tonos. Yo canté sola en la iglesia. *The sun is shining, the grass is green, the orange and palm tree sway, there's never been such a day in Beverly Hills, L. A. But it's December the twenty-fourth, and I am longing to be up north.* Me puse tan

nerviosa que empecé a temblar, pero salió bien. Y mi madre dijo que nervioso se pone todo el mundo.

Mi padre me hablaba en sueños. ¿Te pasa algo en el aparato fonador?, decía. No, papá. Es que las palabras son muy difíciles. Muy difíciles de ir soltando por ahí.

¿Qué más decía? Mi niña. Contigo nunca hubo ningún problema. No, papá, respondía yo. Conmigo nunca hubo ningún problema.

Había que calmarlo. A pesar de que estaba muerto. En eso no hay diferencia entre los vivos y los muertos.

Yo trataba de mantenerlo a distancia. Hacía caso omiso de sus preguntas; pero él se encontraba en todas partes, igual que cuando estaba vivo. Por la patria, decía, y se servía más en el vaso. Por la abuela, que no tiene dientes.

Fue facilísimo. Mi madre dice que fue una negación. Que yo quería que la vida pasara dando vueltas a mi alrededor, no verme inmersa en ella y que su corriente me arrastrara como a todos los demás. Ahora me quería menos, pero no era nada raro. Yo también la quería menos a ella. Estábamos cada una en un lado de una zanja midiendo la distancia, ¿o quizá nos medíamos mutuamente con la mirada? ¿Quién era fuerte?, nos preguntábamos la una a la otra. ¿Quién era el fuerte y quién el débil? ¿Quién se arrastraría hasta el otro de noche y llorando lo rodearía con sus brazos?

A pesar de todo, ella no quiso darle demasiada importancia. Eso le dijo a la profesora del colegio al cabo de una semana, que lloraba. Es un capricho, le dijo. Tiene montones. No le prestes atención. Déjala, sin más. Ya se le pasará cuando se haga mayor. No le ocurre nada.